

1

El colapso

«Otros muchos factores, aparte de una guerra nuclear, pueden causar el derrumbe de nuestra sociedad. Si pensamos en una ciudad como Los Ángeles, Nueva York o Chicago, el suministro de agua proviene de cientos de kilómetros de distancia, y cualquier interrupción en la misma, o en la red de distribución de alimentos o de electricidad durante un periodo de tiempo lo suficientemente largo bastaría para provocar desórdenes callejeros. Nuestra sociedad es tan frágil, tan dependiente de la red de suministros de bienes y servicios, que no resulta imprescindible una guerra nuclear para hacerla añicos, de la misma manera que no hizo falta una guerra de esas características para provocar el definitivo desplome de la antigua Roma.»

Gene Roddenberry

Todd Gray dejó escapar un suspiro de alivio cuando el tren de aterrizaje se desplegó. Ya casi estaba en casa. El Bombardier CRJ-700 de la compañía aérea Horizon, con capacidad para setenta pasajeros, inició el tramo con viento en cola mientras los motores reducían la velocidad a la mínima potencia. Por la ventanilla, Todd miró el nítido mosaico que formaban los campos de trigo que recibían el nombre de colinas de Palouse y que le eran bien conocidos. En esa época del año acababan de ser segados y una fina capa de rastrojos dorados los cubría. La paja había sido retirada a principios de octubre. En cuanto el avión tomó tierra, los frenos se desplegaron y los motores iniciaron el ruidoso empuje inverso. El avión recorrió la pista hasta detenerse en la pequeña terminal aérea de Pullman-Moscow, situada un poco más al oeste de la frontera que dividía los estados de Washington y de Idaho. Cuando el avión pasó a control externo, Todd se desabrochó el cinturón de seguridad pero no se levantó. No podía soportar estar de pie en el pasillo mientras los demás sacaban el equipaje de mano y había

que esperar un rato, que parecía interminable, hasta que la puerta se abrió y los pasajeros empezaban a salir. Así que permaneció en su asiento y esperó a que el pasillo se despejara. Cerró los ojos, rezó un poco y se quedó pensando en las cosas que habían sucedido en las últimas setenta y dos horas.

La reunión había sido convocada de improviso y la asistencia era obligatoria. Todo el mundo con cargos superiores a los ejecutivos de cuentas de rango medio estaba allí, incluso los directores de sucursales tan lejanas como la que la compañía tenía en Baltimore. Tanto a Todd Gray como a los otros dos trabajadores a distancia de la firma, sus jefes les habían tendido una encerrona para que acudieran a la reunión. Les habían dicho que se trataría un asunto de suma importancia. Así que Todd, diligentemente, metió en la maleta el mejor traje que tenía, condujo desde Bovill hasta el aeropuerto de Pullman-Moscow, cogió un vuelo para Seattle y luego uno de la United hasta O'Hare. Allí alquiló un coche y se registró en el Marriott, en el mismo lugar donde solía alojarse en sus visitas trimestrales a Chicago. Se le fue un día entero haciendo todo eso. Contando con las dos horas de diferencia horaria con respecto a Idaho, cuando llegó al Marriott y puso el canal de noticias de la Fox ya eran las siete de la tarde. En la televisión no paraban de dar malas noticias. Pasó media hora viendo el telediario y luego se puso a llamar por teléfono a los amigos que tenía en Chicago y a enviar correos electrónicos en los que les transmitió la gravedad de la situación. Tras una noche de sueño como Dios manda, emprendió un día repleto de reuniones que inauguró con un desayuno de trabajo a las siete y media de la mañana. Tener una reunión de esa importancia a esas horas era algo que nunca había sucedido antes en Bolton, Meyer y Sloan.

La compañía había hecho venir a dos asesores para la reunión que se prolongaría todo el día: un ruso procedente de Florida y un argentino que venía de Nueva York. A los dos se los consideraba expertos en todo lo referente a tipos de inflación elevados. Los dos eran avezados contables y los dos habían vivido una situación similar en sus respectivos países: niveles de inflación de tres dígitos. Todd oyó decir a uno de los directores de rango medio que cada uno de los asesores iba a recibir veinte mil dólares por el trabajo que llevaran a cabo ese día.

Ese mismo hombre también comentó que un tercer experto, procedente de Zimbabue, no había podido asistir debido a un problema con su petición de visado. Todd lo lamentó, ya que con una tasa de inflación del quince mil por ciento en el último año y tras dejar caer diez ceros el valor de cambio, el zimbabuense sería la persona que tendría un conocimiento más actualizado de la materia.

El argentino era una cesión de Peat Marwick. Se llamaba Phillipe y Bordero, y proporcionó mucha más información que el ruso. Estuvo hablando acerca de

su experiencia en Argentina en los años ochenta, cuando la inflación aumentaba el diez por ciento cada mes, y también durante la crisis del 2002. Describió cómo el presidente Raúl Alfonsín había establecido una tasa de cambio de mil por uno. Hizo referencia a los cálculos que su compañía tenía que hacer a diario para compensar la inflación. En ocasiones, y en el caso de las cuentas más altas, esos cálculos se llevaban a cabo dos veces al día. Se extendió en describir cómo la compañía reservaba el dinero en «cuentas de un día» y lo cambiaba rápidamente por dólares para protegerlo de «El Infierno»: la inflación que consumía el peso argentino.

El ruso llegó una hora tarde, disculpándose a voz en grito y echándole la culpa al retraso que había sufrido su vuelo.

—Estupendo, podía haber llegado anoche, tenía todos los gastos pagados. Le pagamos veinte de los grandes a este tío y ni siquiera es capaz de llegar a su hora —murmuró Todd por lo bajo.

El ejecutivo de cuentas que estaba sentado a su lado se rió un poco dándole la razón a Todd.

El argentino hablaba de una forma pausada y elegante; sin embargo, el ruso parecía un orador desquiciado. Les soltó una cháchara acerca de qué era lo que les había sucedido a las cuentas rusas en los años noventa. La explicación no tardó en convertirse en un deslavazado discurso acerca de los sobornos: sobornos a la policía moscovita, sobornos a los inspectores de Hacienda, sobornos a la Federalnaya Sluzhba Bezopasnoti (FSB), la principal heredera de la KGB, sobornos a la mafia rusa...

En algunos de los temas, el ruso se mostró muy conciso.

—Tienen que descubrir cuál es la moneda más estable y cambiar a esa moneda lo más rápidamente posible, antes de que su moneda local se desmorone. Hubo un momento en Rusia en que tuvimos una inflación del mil ochocientos por ciento. Seguir teniendo el dinero en rublos era una locura. Para nosotros entonces, el puerto tranquilo donde refugiarnos fueron los dólares. En este momento en el que nos encontramos, no lo sé: el euro quizá, o los francos suizos tal vez, pero tendrá que ser algo más estable que estos malditos dólares. La última cifra era del ciento quince por ciento y no para de aumentar. Para ser justos con sus clientes y con su compañía, todo lo que les queda por cobrar deberían cambiarlo a una moneda que no fueran dólares, y hacerlo cuanto antes mejor —les dijo el asesor de forma extremadamente directa.

Todd nunca llegó a entender bien el apellido del ruso. Tenía muchas sílabas, no había forma humana de pronunciarlo y acababa en «eski». Una cosa de las que dijo el ruso llamó enormemente la atención de Todd.

—¿Dónde está el personal de seguridad? ¿No tienen guardias en el vestíbulo? Deben incrementar la seguridad. Ahora mismo aquí solo hay libros de cuentas, lápices de memoria, discos duros, pero muy pronto van a tener en su poder un montón de dinero en efectivo. Así que necesitan a un par de tipos bien

grandes que vayan armados. Y armas de las que dan miedo. Un guardia en el aparcamiento, y uno o dos en el vestíbulo. Háganme caso. No se arrepentirán.

Después de acabar el almuerzo que habían encargado, desde el extremo de la mesa de reuniones se planteó una enrevesada pregunta. Tenía que ver con cómo se debía calcular diariamente la depreciación del cambio de moneda y cómo debían derivarse los agregados. Philippe y Bordero estaba a punto de empezar a hablar, pero el ruso se le adelantó, y lo que dijo dejó anonadados tanto a Todd como al resto de los presentes en la sala.

—Invéntense algo que parezca razonable. Estamos hablando de un valor que no deja de moverse. A nadie le importa una mierda. Invéntenselo.

Meyer, un hombre de edad avanzada, se aclaró la garganta. Evidentemente, aquello lo había incomodado enormemente.

—No nos vamos a inventar nada —replicó—. Vamos a desarrollar una serie de estudios contables que compensarán la inflación. Si es necesario utilizaremos modelos informáticos avanzados y proyecciones.

El ruso apenas dijo nada durante el resto de la jornada. El señor Meyer no rentabilizó los veinte mil dólares que le había costado traerlo. El día finalizó con prácticamente el mismo número de preguntas sin respuesta con las que había comenzado.

A las cinco y media de la mañana del día siguiente, Todd cogió un vuelo de regreso hacia Seattle.

Una azafata, que avanzaba por el pasillo controlando que ninguno de los pasajeros se hubiese olvidado nada, sacó a Todd del estado absorto en el que se encontraba. A continuación, se puso de pie y sacó la única bolsa con la que viajaba del compartimento que tenía encima de la cabeza. Cuando viajaba a Chicago nunca facturaba equipaje. Todd era ahora el último pasajero que quedaba en el avión.

Como no había facturado ninguna maleta, tardó solo cinco minutos en llegar a su camioneta de marca Dodge. El aparcamiento estaba justo enfrente de la pequeña terminal aérea Pullman-Moscow. Era algo muy cómodo, comparado con O'Hare y sus larguísimas y brillantes explanadas, sus decenas de cintas transportadoras con maletas y sus kilómetros cuadrados de aparcamientos que cobraban veinte dólares diarios. Cincuenta minutos después, Todd detuvo el coche delante de la puerta de su casa. Shona corrió junto al vehículo, dando saltos de alegría y meneando el rabo. Estar de nuevo en casa era una maravilla.

Mary salió por la puerta principal y le dio un fuerte abrazo. Los dos empezaron a hablar mientras él deshacía las maletas.

El colapso no llegó sin previo aviso. A comienzos del nuevo siglo, el gasto federal estaba fuera de control y los problemas generados por la deuda y el déficit eran imposibles de superar. En 2008, con el mercado de crédito global en caída libre, las estampidas bancarias y la necesidad de rescates por parte del Estado eran cada vez más frecuentes. Los rescates, de forma conjunta, se habían convertido en una hemorragia inmensa e imparable de pérdidas. Las cifras de deuda y déficit alcanzaban valores muy preocupantes, pero la situación era demasiado agónica como para enfrentarse a los hechos, así que las autoridades prefirieron hacer caso omiso. La Oficina Presupuestaria del Congreso emitió un informe enormemente preocupante. El informe decía que para pagar tan solo los intereses anuales de la deuda nacional, haría falta el cien por cien de los ingresos fiscales de las personas físicas, la totalidad del impuesto de sociedades y del de aduanas, y el cuarenta y uno por ciento de los pagos a la Seguridad Social. Justo antes de que se produjese el colapso, los intereses generados por la deuda nacional consumían el noventa y seis por ciento de los ingresos del Estado.

La deuda aumentaba nueve mil millones de dólares cada día, es decir, quince mil dólares por segundo. El dato oficial de la deuda nacional era de más de seis trillones de dólares. La deuda no registrada oficialmente, que incluía obligaciones fuera del año fiscal en curso tales como programas de ayuda social, bonos a largo plazo y pensiones militares, alcanzaba los cincuenta y tres trillones de dólares. La deuda oficial del país se había hinchado hasta alcanzar el ciento veinte por ciento del producto interior bruto y aumentaba un dieciocho por ciento cada año. El gobierno federal pedía prestado el ciento noventa y tres por ciento de lo que ingresaba anualmente. El presidente se acercaba al final de su mandato. El estancamiento de la economía, los altos tipos de interés y la tremenda inflación lo tenían muy preocupado. En público, alardeaba de haber «derrotado al déficit»; en privado, admitía que los datos favorables se debían a que se habían sacado grandes partes del déficit federal «fuera del presupuesto». Más allá del humo de las cuentas y de los juegos de espejos, el déficit real estaba aumentando. El gasto del gobierno en su conjunto era equivalente al cuarenta y cinco por ciento del producto interior bruto. En julio, el presidente de la Reserva Federal, que acababa de tomar posesión de su cargo, mantuvo una reunión privada con el presidente de Estados Unidos. En ella, el primero señaló que aunque el Congreso pudiese equilibrar los presupuestos, la deuda nacional seguiría aumentando inexorablemente debido al pago de los intereses.

El presidente de Estados Unidos no permitía que nimiedades como informes contables y estadísticas se interpusieran en su camino. La economía iba viento en popa. El mercado de valores marcaba máximos históricos, y eso seguía siendo un gran negocio para su administración. En vez de reducir el gasto, el gobierno lanzó un desmesurado paquete de medidas de estímulo a los bancos, rescate a las empresas, respaldo de las hipotecas y una extravagante tanda de

programas de «construcción de infraestructuras» tanto en barrios deprimidos dentro del país, como en Iraq y en Afganistán.

En Europa, los responsables bancarios empezaron a expresar de viva voz sus dudas acerca de que el gobierno de Estados Unidos pudiese seguir haciendo efectivo el pago de los intereses de la creciente deuda. A mediados de agosto, en el curso de una conversación privada, el presidente del Bundesbank alemán hizo un comentario a un periodista de la revista *The Economist*. En cuestión de horas, sus palabras se esparcieron por todo el mundo a través de internet: «El impago de la deuda de las administraciones estadounidenses parece inminente». La temida palabra había sido pronunciada. La elección del término «inminente» junto a «impago» provocó que al día siguiente el valor del dólar se desplomara en los mercados internacionales de cambio de divisas. La venta de letras del Tesoro cayó también estrepitosamente. Todos los bancos centrales extranjeros y las autoridades monetarias internacionales, empezando por las japonesas, comenzaron a deshacerse de los trillones de dólares que tenían en activos del Tesoro estadounidense. Nadie quería ya las poco fiables letras y bonos del Tesoro norteamericano. En cuestión de días, los productos a largo plazo del Tesoro de Estados Unidos se vendían a veinte centavos el dólar.

Enseguida, los inversores extranjeros comenzaron a liquidar sus activos: stocks, bonos, letras... prácticamente cualquier cosa que se contabilizara en dólares americanos. Tras algunos tibios intentos de sostener el dólar, la Reserva Federal decidió hacer una jugada de estrategia. Comenzó a monetizar grandes cantidades de deuda. La reserva poseía ya ochocientos mil millones de dólares en deuda del Tesoro, que eran considerados un «activo» con el propósito de facilitar la circulación de dinero. En tan solo unos días, la participación de la Reserva Federal en la deuda del Tesoro se había multiplicado por dos. Las prensas trabajaban día y noche acuñando más moneda. El índice oficial de inflación aumentó al dieciséis por ciento en la tercera semana de agosto. Para desesperación de la Reserva Federal, la economía no daba la menor muestra de recuperación. El balance de las cifras comerciales no dejaba de empeorar. Los principales indicadores económicos fueron ralentizándose hasta llegar a la parálisis total.

Los legisladores en Washington trataron de reaccionar a la crisis intentando recortar drásticamente, cuando ya era demasiado tarde, el gasto federal, pero rápidamente se percataron de que les era imposible actuar sobre buena parte del mismo. La mayoría del presupuesto consistía en pagos de intereses y diversos programas sociales. Las leyes aprobadas anteriormente habían blindado estos pagos. Muchos de estos programas tenían sistemas automáticos de ajuste según la inflación, de forma que el presupuesto federal continuó aumentando, debido básicamente a la carga de los intereses sobre la deuda federal. Los pagos de los intereses crecieron enormemente al tiempo que los tipos de interés se disparaban. Para atraer a los inversores y hacer que compraran bonos del Tesoro

a seis meses, hizo falta aumentar los tipos hasta el ochenta y cinco por ciento. El Departamento del Tesoro dejó de hacer subastas a largo plazo a finales de agosto. Con la inflación completamente desbocada, nadie quería prestarle dinero a largo plazo al Tío Sam. Los nerviosos inversores estadounidenses empezaron a perder la confianza en el gobierno, en el mercado de valores e incluso en el mismo dólar. En septiembre, la actividad industrial y la construcción de viviendas nuevas cayeron a niveles que resultaba muy difícil medir. Las empresas, tanto las grandes como las pequeñas, comenzaron a efectuar despidos masivos. La tasa de desempleo subió del doce al veinte por ciento en menos de un mes.

El catalizador que dio lugar al sentimiento de pánico fue la crisis bursátil que comenzó a principios de octubre. El mercado de valores había cotizado al alza durante más años de lo previsto, desafiando así a la tradicional estructura cíclica de los negocios. No había casi nadie que no pensara que esa subida no iba a cesar jamás. Cada mes, entre quince mil y veinte mil millones de los fondos de inversión mobiliaria habían pasado al mercado de valores. Los fondos se habían hecho tan populares que había más fondos de inversión registrados que valores individuales. En el año 2009, en el país había doscientos cuarenta mil agentes de bolsa. Todo era como un *déjà vu* de los años veinte. Justo antes de que se produjese el colapso, el índice industrial Dow Jones mostraba que se estaban vendiendo dividendos a sesenta y cinco veces su precio, tal y como había sucedido antes de la explosión de la burbuja de los valores tecnológicos en el año 2000. El mercado, llevado por una avaricia sin precedentes, alcanzaba cotas completamente irreales.

Poco antes del derrumbe del dólar, sin embargo, el miedo comenzó a dominar el mercado de valores. A diferencia de crisis anteriores, esta vez los mercados de Estados Unidos iban cayendo gradualmente. Esto sucedió como consecuencia de los cortocircuitos reguladores sobre el comercio que se habían adoptado tras la caída de Wall Street en 1987. En vez de caer de forma precipitada en tan solo un día, tal y como pasó en 1987, en esta ocasión el mercado tardó diecinueve días en perder siete mil setecientos cincuenta puntos. En comparación, la burbuja tecnológica del año 2000 resultaba insignificante. Nadie se lo podía creer. Ninguno de los expertos pensaba que el mercado pudiese caer hasta ese extremo, pero así fue. Tan solo unos cuantos analistas disidentes lo predijeron. Finalmente, el gobierno suspendió todo el comercio, ya que prácticamente no había compradores para todos los productos que había a la venta.

Como todas las Bolsas del mundo estaban íntimamente ligadas las unas a las otras, todas se derrumbaron a la vez. Los mercados de Londres y Tokio se vieron más afectados que el mercado de valores de Estados Unidos. A los cinco días de que comenzara la caída, el mercado londinense cerró sus puertas. El de Tokio, cuya volatilidad era aún mayor, cerró tras registrar tres días seguidos de bajadas históricas. Al final de la segunda semana del derrumbe del mercado de valores, comenzaron las retiradas masivas de depósitos en los

bancos estadounidenses. La silenciosa retirada de depósitos y de inversiones en dólares desde el exterior había comenzado un mes antes. Ese fue el tiempo que necesitó el PIB (el pueblo inútil y burro) de Estados Unidos para darse cuenta de que la fiesta había terminado.

Los únicos inversores que obtuvieron beneficios durante la quiebra financiera fueron los que invirtieron en metales preciosos. El precio del oro aumentó hasta alcanzar los ciento ochenta y dos dólares el gramo, seguido de cerca por el resto de los demás metales. Pero incluso para estos inversores las ganancias consistieron solo en beneficios ficticios. Los que fueron lo suficientemente estúpidos como para vender el oro y cambiarlo por dólares, lo perdieron todo poco después, ya que el valor de la moneda estadounidense cayó estrepitosamente unas pocas semanas más tarde.

El dólar se derrumbó a causa de la Corporación Federal de Seguros de Depósitos. Habían prometido que todos los seguros estaban asegurados a doscientos mil dólares. Cuando comenzó la retirada masiva de los depósitos en los bancos, el gobierno tuvo que cumplir lo prometido. La única forma de hacerlo era acuñar más dinero, grandes cantidades de dinero. Debido a los sucesivos cambios en las imágenes que habían comenzado en 1996, muchos estadounidenses se mostraban recelosos ante los billetes de la Reserva Federal.

Al papel moneda le pasaba algo raro, daba la impresión de que se trataba de una falsificación. Y en esencia, así era. Desde el año 1964, la moneda no contaba con el respaldo de su valor en metales preciosos. Detrás no había más que promesas vacías. Los rumores sugerían, y luego estos rumores eran confirmados por las noticias, que las casas de la moneda estaban transformando algunas de sus prensas. Las que estaban diseñadas originalmente para imprimir billetes de un dólar eran modificadas para la impresión de billetes de cincuenta y de cien dólares. Todo esto hizo aumentar las suspicacias.

Con las prensas trabajando día y noche acuñando dinero por decreto, la hiperinflación era algo inevitable. La inflación pasó del dieciséis al treinta y cinco por ciento en cuestión de tres días. Después dio varias subidas a lo largo de las jornadas siguientes: sesenta y dos por ciento, ciento diez por ciento, trescientos quince por ciento, hasta llegar después a la increíble cifra del dos mil cien por ciento. La debacle que sufrió la moneda recordaba a la que había tenido lugar en Zimbabue unos años antes. A partir de entonces, el valor del dólar era calculado cada hora y pasó a convertirse en el tema de todas las conversaciones. Mientras el calor infernal de la hiperinflación marchitaba el dólar, la gente cambiaba a toda prisa su dinero por coches, muebles, electrodomésticos, herramientas, monedas raras, cualquier cosa que tuviese un valor tangible. Esto provocó un sobrecalentamiento de la economía y condujo a una situación que tenía muchos paralelismos con la que se vivió en la Alemania de la república de Weimar en la década de 1920. Cada vez más papeles servían para conseguir menos productos.

Con una economía sobrecalentada, el gobierno no podía hacer nada para controlar la disparada inflación, a menos que diese la orden de detener las prensas. Pero eso tampoco era posible, ya que los ahorradores seguían acudiendo a los bancos a sacar todos sus ahorros. Un tertuliano en un programa de radio describió la situación como «una serpiente que se muerde la cola». Los burócratas de Washington D. C. no podían hacer nada aparte de quedarse mirando. Décadas atrás, ellos mismos habían plantado la semilla al aumentar el déficit: ahora estaban recogiendo la tempestad. Los trabajadores que todavía mantenían su empleo entendieron rápidamente lo que significaba la descomunal inflación. Exigieron que sus salarios se ajustaran diariamente a la tasa de inflación, y en algunos casos exigieron que se les pagara por días.

En dos semanas, los ciudadanos que tenían unos ingresos fijos fueron barridos, económicamente hablando, por la hiperinflación. En este grupo estaban incluidos los pensionistas y también los que cobraban la prestación por desempleo u otros subsidios de carácter social. Muy pocos podían permitirse comprar un bote de judías cuando este pasó a costar ciento cincuenta dólares. Los tumultos empezaron poco después de que la inflación se desbocara y superara la marca del mil por ciento. Detroit, Nueva York y Los Ángeles fueron las primeras ciudades en presenciar saqueos y disturbios a gran escala. Poco después, la mayor parte de las grandes ciudades fueron engullidas por las revueltas.

Cuando el índice Dow Jones perdió mil novecientos puntos, Todd Gray llevó a cabo varias llamadas para movilizar a los seis miembros del grupo de refugio que vivían todavía en la zona alrededor de Chicago. A continuación, envió varias circulares por correo electrónico. No era necesario llamar a Kevin Lendel. Hacía tres noches que iba a su casa a cenar y se quedaba luego un buen rato conversando. La mayoría de los integrantes del grupo estuvieron de acuerdo en trasladarse a la casa de los Gray en Idaho lo más pronto posible.

Los únicos que expusieron sus dudas fueron los Layton y Dan Fong. Cuando Todd había llamado a Dan la primera vez, antes de volver de su reunión con la compañía contable, Dan había escuchado toda la perorata y luego había contestado:

—Sí, Todd, pero ¿recuerdas lo que hiciste después de los ataques del 11 de septiembre? Te pusiste hecho un basilisco. Montaste un pollo enorme y al final el cielo no cayó sobre nuestras cabezas. Me acuerdo de la reunión de emergencia que tuvimos en casa de T. K. Te había entrado el pánico. Durante la reunión tenías a Mary preparando cargadores. ¿Cómo sabes ahora que esta no es otra falsa alarma?

Las dudas que Dan albergaba se desvanecieron pocos días después cuando, de camino al trabajo, tuvo que reducir la velocidad al ver una cola de gente que

daba la vuelta a una manzana. La cola era para acceder al banco First Chicago en la avenida Columbus.

—Vaya tela —dijo en voz alta—. Son las seis de la mañana y ya están haciendo cola. Parece que esto va en serio. —Dan recordó que las colas frente a las oficinas bancarias eran una de las «señales de advertencia» que Todd había mencionado.

Al doblar la esquina, Dan no pudo evitar detenerse y quedarse boquiabierto. Un hombre estaba destrozando un cajero automático con una barra de hierro. El cajero no tenía dinero o el banco lo había desconectado. Cuando Dan se marchó de allí, el hombre seguía descargando toda su rabia contra el cajero. Ese mismo día empezaron las compras masivas de alimentos. Tras tres días de pánico, los estantes de los supermercados de todo el país se quedaron desiertos.

El último día del mes de octubre los Gray descubrieron que su teléfono, aunque seguía funcionando, solo podía hacer llamadas locales. Al intentar llamar a algún número más lejano, saltaba un mensaje grabado de «todas las líneas están ocupadas» que se repetía una y otra vez a cualquier hora del día o de la noche. Al día siguiente, un mensaje anunció que «todas las líneas serían reanudadas en breve». Dos días más tarde, la línea no daba señal.

A principios de noviembre, en la mayor parte de las grandes ciudades de Estados Unidos había desórdenes callejeros y saqueos. A causa de las revueltas y del pánico financiero, las elecciones que iban a tener lugar en noviembre se prorrogaron provisionalmente a enero, si bien nunca llegarían a celebrarse. Las revueltas callejeras se volvieron tan habituales que en los noticiarios se daba una lista de los lugares en los que había disturbios con la misma naturalidad que si se tratase de la información del tráfico. La policía no tenía el más mínimo control sobre la situación. Las autoridades de la mayoría de los estados convocaron a la Guardia Nacional, pero se presentaron menos de la mitad de los efectivos. En un momento como ese, en que la ley y el orden se estaban desmoronando, la mayoría optó por quedarse a proteger a su propia familia antes que responder al llamamiento. Tres días después, una convocatoria de emergencia a los militares en la reserva tuvo una respuesta todavía menor. A todo lo largo y ancho de Estados Unidos, muchos barrios situados en el extrarradio de las ciudades eran consumidos por las llamas. Nada ni nadie podía detenerlo. En las pocas ocasiones en que la Guardia Nacional fue capaz de intentar contener los disturbios, se produjeron matanzas al lado de las cuales los sucesos de la Universidad Estatal de Kent no pasaban de ser un mero tiroteo.

Muchas fábricas cercanas a las zonas donde se producían los disturbios anunciaron cierres temporales para garantizar la seguridad de los trabajadores, pero ya nunca volvieron a abrir sus puertas. El resto continuaron durante unos cuantos días más, hasta que tuvieron que detener su actividad debido a

los fallos en el transporte. La mayor parte del transporte de mercancías en los albores del siglo XXI se llevaba a cabo con camiones diésel de dieciocho ruedas que circulaban por la red de autovías interestatales. Hubo varias razones que obligaron a los camiones a detenerse: la primera fue la falta de combustible, luego llegó la marea de refugiados procedentes de las ciudades que inundaron las carreteras, y luego los coches abandonados sin gasolina que dificultaban la circulación.

Al quedarse sin combustible, los coches bloquearon muchos cruces, puentes y pasos elevados. Algunas de las carreteras que atravesaban las zonas urbanas se convirtieron en embotellamientos completamente paralizados. El tráfico se detuvo, los coches bloqueados empezaron a quedarse sin gasolina y ya nunca volvieron a reanudar la marcha. En algunos lugares, los vehículos podían maniobrar y dar la vuelta, pero en la mayoría de los casos no tuvieron esa suerte. El tráfico era tan denso que los conductores se veían obligados a abandonar los coches y salir de allí andando.

Al poco tiempo, las grandes ciudades de Estados Unidos fueron presas de una vorágine de robos, asesinatos, incendios provocados, saqueos y violaciones. En las zonas tradicionalmente más deprimidas, el fenómeno tuvo especial virulencia. Por desgracia, la mayoría de las autovías interestatales habían sido construidas a muy poca distancia de los barrios más conflictivos. No se puede culpar de esta circunstancia a los responsables del diseño del sistema de carreteras en las décadas de 1940 y 1950. En esa época, los centros de las ciudades estaban en pleno esplendor: eran el corazón de la industria, de la población, del comercio y de la riqueza. Lo más lógico era pensar que las carreteras debían situarse lo más cercanas posibles a estas zonas, y preferiblemente, atravesándolas. Los que las idearon no podían prever que al cabo de cincuenta años los centros de las ciudades serían un foco de pobreza, miseria, drogas y enfermedades, y que el crimen camparía a sus anchas.

El sistema ferroviario, que había sido motivo de orgullo y ejemplo de eficiencia, y que desde hacía mucho era víctima de la ineptitud del gobierno, no se mostró capaz de modificar la situación de la crisis en el transporte. En los tres decenios anteriores, la mayoría de las fábricas se construyeron cerca de carreteras y no de vías ferroviarias. Además, al igual que las autovías, muchas de las líneas férreas atravesaban zonas urbanas, de manera que los trenes corrían el mismo riesgo que los camiones. Las bandas de saqueadores descubrieron que no hacía falta poner grandes obstáculos para provocar que un tren se saliera de la vía. En tan solo unas horas eran capaces de extraer todo lo que había de valor en los trenes que descarrilaban.

Unas cuantas fábricas consiguieron seguir en funcionamiento hasta principios de noviembre. La mayoría había cerrado ya para entonces debido a la crisis de los mercados, del transporte o del dólar. En ciertos casos, a los trabajadores, en vez de con dinero, se les pagaba en especie: cada compañía les proporcionaba

el producto que producía. Chevron Oil pagaba a sus operarios en gasolina, Winchester-Olin en munición.

Lo último fue la red de suministro eléctrico. Cuando la corriente dejó de fluir, las pocas fábricas y negocios que seguían todavía en funcionamiento tuvieron que cerrar. Prácticamente todas las industrias de Estados Unidos eran dependientes de la energía eléctrica. Los cortes de luz obligaron a clausurar las refinerías de petróleo. Hasta ese momento, estas habían trabajado día y noche para intentar cubrir la creciente demanda de combustibles líquidos. Aunque pueda resultar irónico, pese a que las refinerías procesaran combustible con billones de julios de energía, no eran luego capaces de producir por sí mismas la energía eléctrica necesaria para funcionar. Al igual que infinidad de industrias, las petrolíferas habían llegado a la errónea conclusión de que siempre podrían disponer de la red eléctrica. Por eso, precisaban de un suministro constante de electricidad para los ordenadores y para las válvulas solenoides.

Los cortes de luz tuvieron algunas consecuencias dramáticas. En una planta de aluminio cerca de Spokane, en Washington, el corte de energía se produjo a mitad de un turno de producción. Al quedar inactivos los elementos eléctricos responsables de mantener la temperatura, el aluminio fundido empezó a enfriarse en medio del proceso. Los operarios intentaron limpiar todas las partes del sistema que pudieron, pero el metal se endureció en muchas zonas y acabó destrozando la fábrica. En caso de que se quisiese volver a ponerla en funcionamiento, el aluminio endurecido habría de ser retirado con sopletes y martillos neumáticos.

La falta de electricidad también provocó el desastre en las cárceles de todo el país. Los funcionarios de prisiones consiguieron mantener el orden durante un tiempo; luego, el combustible de los generadores electrógenos se agotó: las autoridades no habían previsto un corte de luz que pudiese durar más de dos semanas. Las cámaras de seguridad dejaron de funcionar, al igual que las luces y las puertas con mecanismo de cierre electrónico. Al poco de irse la luz, estallaron los primeros motines.

Los funcionarios actuaron con celeridad para tratar de mantener la seguridad en las prisiones. Encerrados bajo condiciones muy restrictivas, a la mayoría de los reclusos se los confinó en sus celdas y solo se permitía salir a unos pocos para que cocinaran y repartieran la comida por los distintos barracones. En muchas cárceles, los funcionarios no pudieron controlar a la población reclusa y se produjeron fugas a gran escala. En otras, los guardias se dieron cuenta de que la situación solo podía ir a peor y tomaron la decisión de ir celda por celda disparando a los reclusos. Un número elevado de presos murió a manos de sus compañeros de presidio. Otros muchos lo hicieron debido a otras causas; principalmente deshidratación, inanición o asfixiados por inhalación de humo.

A pesar de los esfuerzos realizados por los funcionarios de prisiones, el ochenta por ciento del más de millón y medio de población reclusa logró escapar.

Un pequeño porcentaje de los fugitivos fue abatido por disparos de civiles. Los que sobrevivieron se deshicieron rápidamente de la vestimenta de la cárcel y se unieron a los sanguinarios grupos que merodeaban por los campos.

La depresión de carácter económico y el caos que paralizó Estados Unidos se contagiaron también al resto del mundo. Cada tarde, Todd y Mary Gray conectaban el receptor de onda corta Drake R8-A que Mary había encargado por correo el año anterior en el Ham Radio Outlet. Allí escuchaban cómo el mundo civilizado se desintegraba. Era como una especie de macabra forma de entretenimiento. En muchos casos, las emisoras de radio dejaban de emitir todas al mismo tiempo. A la primera, que fue Radio Sudáfrica, le siguieron la BBC, Radio Nederland y Radio Deutsche Welle.

Una de esas tardes, Todd y Mary estaban escuchando la HCJB de Ecuador cuando, de pronto, durante el noticiario comenzaron a oírse disparos. A continuación, pudieron escuchar, sin salir de su asombro, que la emisora de radio era tomada por revolucionarios. Cuando un tal comandante Cruz se puso a gritar en español por el micrófono, los Gray apagaron el receptor.

Con esa misma radio, Todd y Mary pudieron también escuchar varias emisoras de radio de la zona oeste de Estados Unidos. Poco tiempo después de que la mayoría de las emisoras de Estados Unidos hubiera dejado de emitir, la WWCR de Nashville, en Tennessee, seguía en el aire en las frecuencias de 3215, 5070, 5935, 9985, 12160 y 15825 MHz. Todd tuvo más éxito en la banda de radioaficionados centrada en una frecuencia de 7,2 MHz. Las noticias que se escuchaban en esas emisoras de radioaficionados eran casi todas malas. Llegaban informaciones de desórdenes en prácticamente todas las ciudades con más de cuarenta mil habitantes. Muchos de los radioaficionados funcionaban con baterías, ya que solo quedaban algunas pequeñas zonas aisladas a las que aún llegaba la red eléctrica.

Durante los primeros compases, el colapso no se dejó notar con excesiva virulencia en Bovill, Idaho, la ciudad más cercana a la granja de los Gray. El aserradero que había en la vecina Troya, que había reducido un turno dos meses atrás, cerró sus puertas por completo. La estación Shell se quedó sin gasolina al cabo de dos días. La mayoría de los estadounidenses sufrieron los efectos de la inflación galopante. Este fenómeno tuvo tan solo un efecto limitado en Bovill. El comercio local de fruta y verdura se quedó sin existencias cuando el índice de inflación alcanzaba los tres dígitos. En el momento en que no quedó nada disponible a la venta, el valor del dólar dejó de tener ninguna importancia.

Al igual que en otras pequeñas localidades de Estados Unidos, la mayoría de la gente en Bovill se quedó en casa, sin despegarse de la radio y el televisor. En el Idaho rural, los disturbios que azotaban las principales ciudades del país parecían tener lugar a un millón de kilómetros de distancia. El latiguillo que más se usaba era «¿No es espantoso lo que está pasando en Nueva York?». A Todd, el tono con el que se pronunciaba la frase le resultaba familiar. Era el mismo

que la gente utilizaba cuando hablaba de las hambrunas o las inundaciones que tenían lugar en países lejanos. Daba la sensación de que los lugareños intentaban negar que lo que estaba sucediendo pudiese tener algún tipo de impacto sobre sus vidas. Los vecinos de los Gray no expresaron ninguna preocupación por su seguridad hasta que llegaron noticias de disturbios en Seattle. Eso solo estaba a seis horas y media en coche. Las cosas estaban empeorando en todo el país, pero en lugares remotos, como las colinas de Palouse, todo parecía llegar con un cierto retraso temporal.

Durante la pausa, Todd empezó a hacer los últimos preparativos. Primero, cerró y pasó todos los pestillos de acero de los postigos que tenían las ventanas. Mary comentó que la casa estaba más oscura y sombría así.

—Supongo que nos tendremos que acostumbrar —dijo Todd estrechándose de hombros.

Después, Todd dio instrucciones de que mantuvieran cerradas con llave la puerta que daba al camino y la de la valla metálica que rodeaba la casa. Mary sugirió que tuvieran la camioneta Power Wagon y el Escarabajo guardados en el garaje y que les quitaran el delco.

Mary sugirió también que ella y Todd se reunieran en Moscow con el coordinador en defensa civil del condado de Latah. En esa época, sin embargo, la línea telefónica, y por consiguiente, la conexión a internet, no funcionaba. Finalmente, decidieron que las posibles ventajas de mantener ese encuentro no eran comparables a la cantidad de combustible que tendrían que gastar. Ir y volver a Moscow eran ciento cinco kilómetros. Aparte, Todd no descartaba el riesgo de que en Moscow, pese a que la localidad contara tan solo con treinta mil habitantes, se hubiesen producido ya los primeros desórdenes.

Los Gray empezaron también a utilizar lo que contenía el refrigerador y el mueble congelador. Sabían que iban a producirse cortes en la red eléctrica y no querían que la comida se echase a perder innecesariamente. Todd cortó en rebanadas y marinó toda la carne de alce, de venado y de salmón que había en el mueble congelador. El agotador proceso duró cinco días. Mary, por su parte, se puso a recargar todas las baterías híbridas de níquel y de metal para las linternas y los demás aparatos electrónicos. Dado que solo contaban con un par de cargadores, la tarea le llevó casi el mismo tiempo que preparar todos los alimentos.

No sabían hasta qué punto podían complicarse las cosas, ni si los otros integrantes del grupo aparecerían para ayudarles a defender el refugio, así que Todd acabó de llenar la zona que tenían en el sótano para almacenar leña.

—Tendría su gracia que después de hacer todos estos preparativos, se nos llevaran por delante durante algo tan mundano como ir haciendo viajes a la leñera —le dijo a Mary.

Como medida de seguridad añadida, Todd y Mary comenzaron a llevar las Colt .45 automáticas en todo momento. Además, dejaron cargados la mitad

de los cargadores de las armas que tenían. El plan de Todd era vaciar estos cargadores y cargar la otra mitad dos veces al año. De esta manera se evitaría que los cargadores se estropearan. Las pocas veces que Todd se acercó a la ciudad y fue hasta casa de Kevin Lendel, llevó consigo su .45 y su escopeta Remington 870 con cañones recortados. No tenía que preocuparse por si lo detenían, ya que no había ninguna ley que prohibiese portar armas cargadas en un lugar público. De hecho, Idaho era uno de los pocos estados donde los ciudadanos podían llevar un arma cargada en un coche. Lo que sí estaba prohibido era llevar un arma oculta sin tener permiso del estado. En Idaho, los permisos para llevar armas ocultas eran bastante sencillos de conseguir.

Por sorprendente que parezca, el servicio postal siguió funcionando regularmente hasta principios de noviembre. El correo local llegaba con bastante presteza, si bien en el de larga distancia sí que solía haber complicaciones. Los Gray aprovecharon esta circunstancia de muy diversas formas. Primeramente, enviaron cartas a sus familiares comunicándoles que se encontraban bien y a salvo. Lo siguiente que hicieron fue escribir a los integrantes del grupo que vivían en la zona de Chicago, animándolos una vez más a Salir De Ahí Zumbando (SDAZ). Confiaban en que para cuando llegaran las cartas, si es que llegaban, los integrantes del grupo se hubiesen puesto ya en marcha.

Tras mantener una larga charla, Todd y Mary decidieron hacer un pago previo de ochocientos dólares de la factura de la luz. Enviaron también un cheque que cubría el pago de la contribución de su granja durante los siguientes años. A pesar de que daba la sensación de que el gobierno local se desharía en las próximas semanas, se sentían más seguros sabiendo que no perderían su granja debido a los impuestos, tal y como les había sucedido a algunos de sus parientes en la década de los treinta. El cheque dirigido a la oficina del asesor fiscal no era excesivamente elevado, ya que el pago anual por la casa y las dieciséis hectáreas de tierra era tan solo de setecientos ochenta dólares.

Tras emitir los dos cheques, en la cuenta les quedaban doscientos veinte dólares.

Hacía mucho que habían vaciado su cuenta de ahorro para adquirir la casa y reformarla. Una de las razones para enviar estos cheques era que los dólares que aparecían en ellos tenían cada vez menos y menos valor. Los dos coincidieron en que era mejor gastar el dinero en algo útil que ver cómo la hiperinflación hacía que perdiera todo su valor.

Todd y Mary descendieron en silencio la leve cuesta que llevaba hasta su buzón. Todd llevaba bajo el brazo su escopeta Remington.

—Qué absurdo es todo —dijo Todd de pronto mientras llegaban al buzón—. Aquí estamos enviando cheques emitidos por un banco que probablemente haya cerrado sus puertas para siempre, en una moneda que prácticamente no tiene ningún valor, a un par de organizaciones que seguramente dejarán de existir poco después de que lleguen los cheques. —El comentario tenía una intención

irónica, pero Mary no se rió. Echó los sobres dentro del buzón, cerró la tapa, levantó la bandera y volvió hacia la casa. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Cuatro días después de que comenzaran las revueltas, Paul y Paula Andersen, los vecinos que los Gray tenían más al sur, se pasaron a contarles que su hijo iba a hacerles un hueco en su casa: un rancho de ganado de grandes dimensiones que había cerca de Kendrik, a unos treinta y cinco kilómetros al sur de Bovill. Los Andersen les dijeron a los Gray que podían hacer uso de su casa, del granero, del depósito de agua, del heno y del pasto que tenían almacenado mientras ellos no estaban.

—Gracias por la oferta, pero no creo que nos haga falta aceptarla. Estaré encantado de echar un vistazo a vuestra casa de vez en cuando —le dijo Todd a Paul.

Paul Andersen le dio las gracias a Todd y le pasó un pedazo de papel.

—Aquí está la dirección de mi hijo en Kendrik y su número de teléfono. Cuando los teléfonos vuelvan a funcionar, no dudéis en llamarnos. —Nunca los volvieron a ver.

Los otros dos vecinos cuya propiedad estaba contigua a la de los Gray se marcharon de forma parecida. La mayoría no se molestó en despedirse. Por la velocidad con la que cargaron los vehículos, Todd supuso que tenían demasiada prisa como para hacer una despedida formal. Los vecinos del otro lado de la carretera, los Crabbe, saludaron a Mary con la mano mientras cruzaban la puerta con una camioneta con plataforma de marca Ford y un remolque cargado hasta los topes. Mary le comentaría después a Todd que aquella imagen parecía sacada de una secuencia de *Las uvas de la ira*. Tampoco a los Crabbe los volvieron a ver nunca.

Todd y Mary comenzaron a escuchar cada vez con más frecuencia la expresión «hacer hueco» en las distintas emisoras que iban sintonizando en las radios de Banda Ciudadana (BC) que tenía Mary. Era la forma local de describir a dos o más familias que cambiaban de domicilio y organizaban pequeños bastiones de resistencia. Los habitantes del condado de Latah eran gente sencilla, pero no tenían un pelo de tontos. Sabían muy bien que cuando las cosas se ponían difíciles, una familia sola en una granja aislada no tenía nada que hacer frente a una banda de saqueadores. La reacción más natural y más lógica era apiñarse y formar pequeños grupos de defensa.

Durante el periodo de tiempo que transcurrió entre el inicio de los disturbios y la llegada de los primeros integrantes del grupo, tanto a Todd como a Mary les costaba conciliar el sueño. La adrenalina no les dejaba dormir. Cada dos por tres, Todd estaba despierto en la cama, incapaz de volverse a dormir, escuchando atentamente cualquier cosa que pudiese parecer extraña. Cada vez que su perra, Shona, gruñía o ladraba, los dos se incorporaban a toda prisa. Todd miraba por las persianas de atrás de la casa mientras que Mary vigilaba desde las delanteras.

Cuando llegaron los otros miembros del grupo, pudieron organizar un turno de guardias desde el Puesto de Observación y Escucha (POE) que Todd había preparado. Hasta entonces, sin embargo, les tocó dormir con un ojo abierto. Al cabo de pocos días empezaron a notar el nerviosismo y el cansancio derivado de dormir tan solo durante muy breves espacios de tiempo.

Los primeros en llegar fueron Mike y Lisa Nelson. El ruido de los motores del Bronco y del Mustang anunció su llegada a última hora de la tarde del 15 de octubre. Les contaron que no habían tenido ningún percance durante el viaje, aparte de pagar el litro de gasolina a diecisiete dólares en una de las paradas que habían hecho. Les comentaron que había mucha gente en los caminos, incluso por las noches, y que muchos de los coches que vieron iban llenos hasta los topes y llevaban enganchados remolques.

Mike les contó que los dos habían llamado al trabajo el día antes de partir diciendo que estaban enfermos, y que ya no se habían preocupado de volver a llamar. Todd les preguntó si no deberían haber hecho las cosas de otro modo.

—Todd, si hubieses visto la situación de pánico que hemos visto nosotros, habrías actuado igual. Mejor olvidarse del asunto. Además, ahora mismo, y aunque quisiese, seguramente no podría recuperar mi empleo, así que ya no hay marcha atrás.

La conversación no se extendió durante mucho más tiempo, ya que estaban agotados y querían dormir un poco. Habían venido conduciendo desde Chicago sin hacer ningún descanso.

Los siguientes en llegar, diecisiete horas más tarde, fueron Dan Fong y Tom Kennedy. Tal y como habían acordado, los dos habían hecho el viaje hacia el oeste juntos. Dan iba conduciendo una camioneta de marca Toyota; a muy poca distancia le seguía Tom con su Bronco pintado de color marrón. Cuando se detuvieron, Todd se dio cuenta de que el Toyota no llevaba parabrisas, ni ventanilla del acompañante, ni cristal de atrás. En el lado del acompañante había varios agujeros de bala. El relato donde les comunicaron todo lo que les había sucedido fue mucho más largo que el de los Nelson.

2

Viejos amigos

«Unos pocos hombres honestos son capaces
de superar a una multitud.»
Oliver Cromwell

A la mañana siguiente de la llegada de Dan y de T. K., Ken y Terry Layton, los últimos miembros del grupo que estaban en Illinois, aún no habían dado señales de vida. Dan dijo que quizá era el momento de preguntarse si serían capaces de llegar. Cuando Mary le expresó el mismo temor a Todd, este sonrió y dijo:

—No te preocupes, los conozco de sobra. Si hace falta llegarán hasta aquí a gatas.

Tras hablar con Mary, Todd fue a ver a Mike, que estaba en el sótano de casa de los Gray organizando el equipo en las taquillas.

—Lo mejor sería empezar esta misma mañana a hacer turnos de guardia las veinticuatro horas del día. Me gustaría que diseñaras un plan de tareas. Usaremos ese esquema hasta que lleguen Ken y Terry, luego ya planearemos uno permanente.

—¿Entonces crees que serán capaces de llegar hasta aquí? —preguntó Mike con gesto de sorpresa—. Si vinieran en coche, ya habrían llegado. A lo mejor están viniendo a pie, o puede haber pasado algo peor. Ya viste los disparos en la camioneta de Dan, son una prueba bastante evidente de que esto va a ser un valle de lágrimas.

Todd se quedó mirando a Mike Nelson con gesto sombrío.

—Ya lo sé, Mike. De todas maneras, ahora mismo lo único que podemos hacer es esperar y rezar. ¿Quieres rezar conmigo? —Los dos se arrodillaron, agacharon las cabezas y rezaron en voz alta, rogando a Dios que protegiese a los Layton y que los guiara en su viaje.

Esa misma mañana, Todd convocó una reunión para que los Nelson, Dan y T. K. informaran de lo que les había pasado. Todos se reunieron en el salón de la casa, con la excepción de Mary, que estaba en el puesto de observación y escucha que había en lo alto de la ladera.

—El viaje fue coser y cantar —comenzó Mike—. Como ya le he contado a Todd, la parte más difícil fue cargar todo el equipo. Nos pasamos medio día reuniéndolo todo en tres montones: uno de cosas esenciales, otro de prioridad secundaria y un tercero con cosas que estaría bien tener.

»Pensábamos que ya habíamos traído casi todo aquí al refugio, pero cuando empezamos a organizar las cosas que teníamos aún en casa nos dimos cuenta de que no habíamos calculado bien el peso y el volumen que ocupaban.

—Deberíamos haber hecho una práctica de carga hace mucho tiempo —interrumpió Lisa—. Así nos habríamos dado cuenta de los fallos de cálculo y no habríamos tenido que ponernos a pensar en el momento las cosas de las que no podíamos prescindir. En fin, el caso es que después de decidir las prioridades nos pusimos a cargar. Las armas fueron lo primero que empaquetamos. Luego la munición. Después, nuestras mochilas tipo Alice. A continuación, doce latas de veinte litros de gasolina, que iban junto a la puerta de atrás del portaequipajes, para que pudiésemos repostar sin necesidad de descargar el resto del equipaje.

»Acto seguido, cargamos nuestro suministro táctico de comida, o sea, las raciones de combate y varios paquetes de comida liofilizada. Menos mal que trajimos la mayoría de las raciones de campaña el año pasado. Si no, las tendríamos que haber dejado. Todo esto conformó el montón de cosas «esenciales». Las complicaciones vinieron con el segundo montón, el de cosas de «prioridad secundaria»: ropa, alimentos, equipo sobre el terreno, la mayoría de nuestras reservas de medicamentos, el generador eléctrico manual, etcétera. No teníamos bastante sitio para todo, aunque juntáramos el Bronco y el Mustang. Pensé en conseguir un remolque de alquiler, pero supuse que ya los habrían alquilado todos hacía tiempo.

»Al final tuvimos que abandonar la mitad del trigo que teníamos, el generador, los quinqués, las latas de queroseno y la mitad de nuestros libros de supervivencia. Antes de salir, dejé las cosas que nos sobraban con una nota de despedida junto a la puerta del porche trasero de nuestros vecinos. No tenía sentido que se echara todo a perder. Además, tenía claro que no podríamos volver y hacer otro viaje. La única cosa que cogimos del montón de «cosas que estaría bien tener» fue la vieja Biblia de Ginebra de mi familia. Ha sobrevivido a inundaciones, tornados y a todo lo habido y por haber. Me alegra que siga con nosotros.

»A las tres de la mañana, lo teníamos todo cargado. Intentamos contactar, pero el teléfono no funcionaba. Salir en medio de la noche fue lo mejor que podíamos haber hecho. Apenas había tráfico. Pese a todo, vimos varios coches y camionetas con remolques. Mike iba delante, nos comunicábamos por la banda

ciudadana (BC). Pero no íbamos charlando, tan solo de vez en cuando algún «Ve más despacio», o «Cuidado con ese camioneta que viene». Usábamos el canal 27, en la banda lateral superior, la frecuencia de «Salir de ahí zumbando», así que Mike intentaba a veces contactar con Layton, o con Dan o con T. K., por si alguno tenía abierto el receptor, pero o bien no estaban escuchando, o bien estaban fuera de nuestro alcance. Yo estuve muy nerviosa todo el camino. Llevaba las puertas cerradas y mi Colt Gold Cup metida entre el muslo y el asiento del coche.

—No queríamos gastar la gasolina de las latas a menos que fuera imprescindible—continuó Mike—, así que nos detuvimos varias veces para repostar. Una de las gasolineras cobraba dieciocho dólares el litro, daba igual si era diésel o no.

—En esa estación conocimos a un hombre que estaba allí atrapado con su familia en una furgoneta —añadió Lisa—. La gasolinera había dejado de aceptar cheques y tarjetas de crédito el día anterior, ni siquiera aceptaban tarjetas del establecimiento. El tipo tenía todas las tarjetas de crédito del mundo: American Express, Visa, todas las que se os ocurran, pero solo llevaba dieciocho dólares en efectivo. En el momento en que el hombre estaba quitándose el reloj de oro para ofrecérselo al dueño de la gasolinera a cambio de que le llenara el depósito, Mike se le acercó y le dio nueve billetes de cien dólares. El tipo le dio las gracias y se ofreció a enviarle el dinero más adelante. Mike le dijo: «No vale la pena, quédese, amigo. Además, para cuando pueda enviármelo por correo, la gente prenderá el fuego con billetes de cincuenta dólares y se limpiará el trasero con los de cien».

—Bueno, resumiendo, lo más importante es que estamos aquí y que no hemos visto ningún incidente de gravedad por el camino —concluyó Mike—. Pero tal y como ha dicho Lisa, había gente con el coche cargado hasta los topes y con aspecto de estar dispuestos a cualquier cosa.

Los siguientes en dar su informe fueron Dan y T. K.

—Tenía conectada mi emisora de radio Cobra sintonizada con la señal principal de SDAZ mientras recogía las cosas —empezó T. K.—, cuando de pronto escuché una voz que decía: «Eh, tío, ¿nos largamos o qué?». Era Fong. Joder, me alegré cantidad de oírlo. Le dije que lo recibía con claridad y él me dijo que lo tenía todo recogido y que estaba listo para salir. Yo le dije: «Genial, pues vente para acá y ayúdame a cargar las cosas». En cuestión de diez minutos ya estaba allí. Él se encargó de las funciones de seguridad mientras yo cargaba el equipaje. Aparte, me aseguré de tener en todo momento una pistola a mano, mi Colt Commander, cargada y lista para disparar en el bolsillo interior de esa chaqueta de aviador que me compré el año pasado.

»Lo que hice, básicamente, fue cargarlo todo mientras Dan estaba sentado en la cabina de su Toyota con su viejo Winchester modelo 1897. Le pregunté que por qué no llevaba la Remington 870. Me dijo que su arma causaba más impresión. A continuación, sacó la bayoneta y la caló. «Esto hará que cualquiera

de esos vecinos que pasan hambre se lo piense dos veces antes de hacer nada», dijo. Cuando terminé de cargar todos los trastos ya era casi medianoche. Metí todo aquello que se me ocurrió hasta que el viejo Bronco iba ya bien cargado. Por suerte, ya hice un viaje aquí el pasado verano, así que no tuve que dejarme muchas cosas, aparte de algunos libros y algunas sábanas. Cuando salimos, era Dan el que iba delante.

—Yo empecé a recoger un día antes que Tom —continuó Dan, poniéndose de pie—. No sabía qué armas elegir, así que lo mandé todo a la mierda y decidí cogerlas todas. La mayoría están aún envueltas en mantas ahí, en la parte de atrás del Fongmóvil, debajo de todo. He traído un total de veintinueve.

»Como todavía tenía algunas dudas, continué trabajando durante tres días después de que Todd llamara diciendo que el cielo se estaba cayendo sobre nuestras cabezas. El último día en la fábrica de conservas, el encargado me dio una lista con quince empleados a los que se suponía que debía entregar notificaciones de despido aquella misma tarde, a las cuatro. Le dije: «Lo siento, jefe, no puedo hacerlo. Esas personas dependen de sus trabajos, y todos nosotros dependemos de ellos. No podemos sacar al mercado un producto con las suficientes garantías si tenemos un equipo de gente tan reducido». Entonces me dijo: «Si te niegas, no me queda otra opción que prescindir de ti también». Y yo le dije: «No me puede despedir, porque me voy ahora mismo», y me marché. Ni tan siquiera me molesté en recoger mis cosas. Solo me llevé algunos de mis libros de ingeniería y el abridor de cartas Sykes-Fairbairn que guardaba en el primer cajón de mi escritorio. Antes de irme, pasé por la tienda con descuentos para los empleados y compré dieciséis cajas de distintas frutas y verduras en conserva; eran las más recientes que había y todavía llevaban la etiqueta del precio para empleados, que tenía una rebaja de dos centavos por dólar.

Fong se quedó mirando la habitación y después continuó.

—Así que, a la tarde siguiente, empecé a hacer las maletas. Ya hacía dos días que los teléfonos no funcionaban. Recoger las cosas me costó bastante más de lo que me imaginaba. Tal y como T. K. os ha contado, me pasé luego unas cuantas horas vigilando mientras él cargaba sus trastos. Salimos tarde, a las once. O no, creo que ya era medianoche.

T. K. asintió.

—Aunque no parecía que fuese tan tarde —prosiguió Dan mientras se encogía de hombros—. Bueno, el caso es que nos echamos a la carretera. Cuando salíamos de la ciudad vimos una casa envuelta en llamas, pero no se veía ningún camión de bomberos. También vimos un par de coches completamente desgazados. En la autovía el tráfico era muy poco fluido, pese a ser medianoche. Las gasolineras, o bien estaban cerradas o bien tenían a la vista grandes placas de contrachapado con el mensaje pintado con espray de que no quedaba gasolina.

»Cuando estábamos a hora y media de Chicago, empezamos a ver coches que se habían quedado sin gasolina, parados a un lado de la carretera. En

un par de ocasiones tuve que dar un volantazo para esquivar a gente que intentaba que nos detuviésemos. Estaban completamente desesperados. Me di cuenta de que parar a ayudar a alguien podía ser muy peligroso y que no valía la pena. Cuando cruzamos la frontera del estado, cada ochocientos metros se veían coches en el arcén que se habían quedado sin gasolina. Entonces contacté por radio con T. K. y le sugerí que fuésemos por la vieja carretera que va en paralelo a la autovía. Las cosas se estaban poniendo cada vez más feas, así que salimos en cuanto nos fue posible. Tanto T. K. como yo andábamos bajos de gasolina.

»La aguja me indicaba que me quedaba un cuarto de depósito, y T. K. me dijo por radio que ya había pasado a reserva, así que empecé a buscar un lugar apropiado para repostar. Salí por un camino secundario que se dirigía hacia un grupo de granjas. No se veía ningún coche en los alrededores. Nos detuvimos unos ochocientos metros más adelante, en una recta donde podíamos ver a bastante distancia tanto a un lado como al otro. Saqué mi modelo 97, aparte llevaba la Beretta 9 mm enganchada del hombro. T. K. salió con su Colt CAR-15 y se lo dejó colgando de la espalda. Yo me quedé cubriéndolo mientras repostaba gasolina y a continuación, él hizo lo mismo mientras yo rellenaba mi depósito.

»Cuando estaba acabando de poner el tercer bidón, T. K. silbó y vi las luces de un coche. Los dos nos agachamos y nos pusimos al otro lado de nuestros vehículos, tratando de parapetarnos detrás de los motores. Cuando las luces estaban a unos doscientos metros de distancia, pude ver que se trataba de un coche patrulla.

»T. K. y yo tratamos de parecer tranquilos y pusimos nuestras armas debajo de mi camioneta, a lo largo, para que no se vieran. Resultó que era el ayudante del sheriff. Cuando detuvo el coche patrulla detrás de nuestros vehículos, T. K. se acercó a hablar con él. Evidentemente, había advertido nuestra presencia y no iba a correr ningún riesgo. Tenía una Glock 21 de gran tamaño, y no la llevaba enfundada.

»T. K. le explicó que íbamos a reunirnos con unos amigos en Idaho y que habíamos parado a repostar. Eso ya se lo había imaginado; apuntó con la linterna al bidón que había al lado de mi camioneta. Al principio había pensado que los dos íbamos en mi Toyota y que nos habíamos parado para trasvasar la gasolina que pudiera haber en el Bronco. Cuando le enseñamos nuestros carnés de conducir y los papeles de los dos coches, se relajó un poco.

»Me asusté un montón. La última cosa que necesitábamos era acabar encerrados en alguna cárcel de pueblo en Iowa justo cuando todo estaba a punto de estallar y la mierda iba a esparcirse por todas partes. La verdad es que el tipo fue bastante simpático. Estuvimos charlando un rato más mientras acabábamos de repostar y de volver a meter los bidones en los vehículos. Un momento antes de irse, dijo: «Espero que lleguéis sanos y salvos a ese escondite vuestro en Idaho». Estaba claro que nos había calado. De todas maneras, esperamos

a que se alejara antes de recoger las armas. Nunca las llegó a ver; si no, nos habría tocado dar muchas más explicaciones.

—Yo también estaba asustadísimo —dijo T. K. tras una breve pausa—. Después de que se fuera el ayudante, le pedimos a Dios que nos protegiese, dimos la vuelta y volvimos a la autovía. La cosa iba bien; de hecho, Dan aceleró un poco la marcha. A veces se ponía a ciento veinte por hora y me tocaba gritarle por la radio que fuese más despacio. Volvimos a repostar siguiendo el mismo procedimiento en la parte oriental de Dakota del Sur, un poco antes de que amaneciese, y luego una vez más a las diez de la mañana. Después de esa parada, me puse yo delante. A esas alturas, prácticamente no se veía ningún coche en la carretera.

»Poco después de que llegáramos a Montana tuvimos que reducir la marcha porque había dos coches destrozados que casi bloqueaban los dos carriles de la carretera. A primera vista, parecía un accidente: dos coches empotrados el uno contra el otro, la típica colisión. Luego me di cuenta de que no había ningún cruce aquí, así que no era posible que hubiesen chocado a no ser que uno hubiese golpeado al otro por detrás. Eso tampoco podía ser, porque uno de los coches estaba prácticamente perpendicular a la carretera. Cuando llegué a esa conclusión ya casi estábamos a su misma altura. Por suerte, el arcén era bastante ancho. No me dio tiempo a llamar a Dan por radio para avisarle. Apreté el acelerador y di un volantazo en dirección al arcén. Solo podía confiar en que Dan hiciese exactamente lo mismo, y por suerte lo hizo.

—Yo vi los coches destrozados allí delante —prosiguió Dan—, y luego vi cómo del tubo de escape de T. K. salía algo de humo al pegar el acelerón. Al segundo, yo hice lo mismo y me fui detrás de él. Cuando sorteamos los dos coches destrozados, vi a dos tipos de pie a la derecha con escopetas, detrás de uno de los coches. No eran escopetas cortas, sino viejos rifles de repetición. Me agaché y seguí adelante, me dispararon tres o cuatro veces.

»El primero de los disparos se llevó por delante parte del parabrisas delantero y de la ventanilla del acompañante. El segundo y tercero agujerearon la chapa del vehículo. La ventana trasera también se fue por el aire. Aparte de mi saco de dormir, que ahora va todo el rato perdiendo plumas, el resto del equipaje no sufrió ningún daño. Algunos perdigones impactaron contra dos de los bidones de gasolina, pero por suerte estaban vacíos. De lo contrario, toda la parte de atrás hubiese acabado empapada de gasolina.

»A juzgar por los agujeros debían de estar usando cartuchos cargados con perdigones de buen tamaño. Seguramente del cuatro, o puede que un poco más. Atravesaron sin problemas la cubierta del vehículo. Bueno, el caso es que unos quince kilómetros más adelante, había una recta muy larga y nos paramos a un lado. T. K. me cubrió mientras yo comprobaba los desperfectos. El parabrisas estaba hecho añicos, casi no se podía ver nada. La ventanilla del asiento del acompañante estaba destrozada.

»Me pasé diez minutos arrancando a patadas lo que quedaba de parabrisas y sacando los cristales rotos. Hacía bastante frío y no me quería congelar el culo conduciendo sin parabrisas, así que tardé cinco más en sacar cosas de la parte de atrás de la camioneta hasta que encontré la caja donde llevaba la ropa de abrigo. Me vestí con los pantalones de acampada con el forro para el frío, un suéter de lana, una chaqueta de plumas y una chaqueta de camuflaje DPM. Me puse también mis guantes forrados del ejército y una de esas gorras de la Marina que compramos en la tienda de saldos de Ruvel. Incluso así sentía algo de frío, pero congelarme ya no me iba a congelar. Esa fue la única cosa digna de mención que nos pasó de camino hacia aquí. La última parte del viaje fue muchísimo más tranquila, incluso vimos algunos ciervos y alces preciosos.

Una vez terminado el informe formal, los recién llegados continuaron contando historias mientras comían. Para sorpresa de todos, la comida fue un abundante banquete, con carne tierna, queso y verduras.

—¿De dónde ha salido toda esta comida fresca? Pensaba que ya estaríais comiendo la comida almacenada —le dijo T. K. a Todd.

—Saboréala mientras puedas, T. K. Estamos gastando toda la comida que tenemos en la nevera y en el refrigerador. No sabemos cuánto tiempo más seguirá habiendo electricidad.

T. K. miró con gesto apesadumbrado.

—Ya, y supongo que mañana desayunaremos salvado con bayas —se quejó. Todos se rieron.

Tras un estudio conjunto, Todd y Mary habían elegido la región de las colinas de Palouse en la parte central del norte de Idaho como escenario para su refugio. Respondía a todos los criterios que les interesaban: tenía poca densidad de población y estaba a más de seis horas en coche de una zona metropolitana, Seattle. La tierra de toda la región era fértil y la agricultura variada. Y lo más importante, tenía altos índices de precipitaciones la mayor parte del año, con lo que no sufría de la misma debilidad que la inmensa mayoría de la agricultura moderna en Estados Unidos: la dependencia del agua. La zona no precisaba de un sistema de riego controlado por motores que funcionaran con energía eléctrica.

Un viaje durante las vacaciones en el año 2001 confirmó las esperanzas que tenían puestas en la zona. La gente era amigable, apenas había tráfico y casi todas las camionetas llevaban un compartimento para las armas y pegatinas de la Asociación Nacional del Rifle. Quitando las antenas de móviles y de satélites que se veían de vez cuando, parecía más que estuviesen en los años sesenta que en la primera década del nuevo siglo. A Todd y a Mary, que habían crecido en los barrios residenciales de las afueras de Chicago, el precio de la tierra y de

las casas les parecía ridículo. Una casa de tres habitaciones con ocho hectáreas de tierra costaba entre ciento cuarenta mil y trescientos mil dólares.

Tras tres viajes más, finalmente encontraron una granja de dieciséis hectáreas y se decidieron a comprarla. Estaba a un kilómetro y medio de distancia de Bovill, una pequeña ciudad a cincuenta kilómetros al este de Moscow, Idaho. Bovill estaba situada en el extremo oriental de la región agrícola de las colinas de Palouse. La ciudad era un poco más fría que la zona de alrededor, pero eso implicaba también que el precio de la tierra era algo más bajo. La economía de la zona se nutría de la agricultura y de la explotación de la madera. A Todd, además, le gustaba mucho la idea de estar cerca del bosque nacional de Clearwater. Desde su punto de vista, las setecientas sesenta mil hectáreas de bosque eran un patio trasero fantástico. El edificio principal de la casa estaba hecho de ladrillo y era de 1930. Le hacía falta algún arreglo, pero tenía todo lo que ellos necesitaban: un sótano con la misma extensión que la casa, tres dormitorios pequeños pero suficientes, una cocina que funcionaba con leña y que parecía de los años treinta y un tejado metálico. Había también un garaje/taller, un granero, una leñera, un ahumadero, un enorme terreno con árboles que les proporcionarían frutos secos, y un depósito de agua situado junto a un manantial en la colina que había detrás de la casa, noventa metros más arriba. A diferencia de la mayoría de los vecinos, que sacaban agua de pozos, el agua llegaba gracias a la fuerza de la gravedad en una cantidad de dieciocho litros por minuto. Debido a que los propietarios se jubilaban e iban a mudarse a Arizona, con la casa iba incluido un tractor John Deere, de siete años de antigüedad. Los dueños pedían ciento setenta y ocho mil dólares por el lugar, los Gray les ofrecieron ciento veinticinco mil. Tras dos ofertas y contraofertas, llegaron al acuerdo de fijar el precio en ciento cincuenta y cinco mil quinientos dólares, que entregaron en efectivo.

El camino que llevó a Todd y a Mary Gray hasta las colinas de Palouse comenzó una tarde de octubre del año 2006, cuando Todd y su compañero de habitación en la universidad, Tom T. K. Kennedy, regresaban al colegio mayor. Los dos acababan de ver la película australiana *Mad Max*, en devedé, en el apartamento de un amigo.

—La película está bastante bien —dijo Todd—, pero es poco creíble. Yo creo que en una situación como esa, la gasolina se acabaría mucho antes que la munición, y no al revés.

—Sí, estaba pensando lo mismo —dijo T. K.—. Además, la mejor manera de sobrevivir a algo así no es ir todo el tiempo zumbando de un sitio a otro. De esa manera se aumenta el contacto con otras personas y, por consiguiente, la posibilidad de encontrarse en situaciones comprometidas. El personaje de Mel Gibson debería organizar algún refugio o algún lugar donde hacerse fuerte.

—Después de unos momentos en silencio, preguntó—: ¿Tú crees que algo así, una debacle total de la sociedad, podría llegar a suceder?

—Yo creo que todas esas cosas que se dicen tipo «efecto 2000» son una exageración, pero teniendo en cuenta la complejidad de nuestra sociedad y la interdependencia de unos sistemas con otros, algo así sí sería posible. De hecho, bastaría con unos problemas económicos de la misma magnitud que la Gran Depresión de la década de 1930 para que todo el proceso se pusiese en marcha. Algo así sería suficiente para que el castillo de naipes se desmoronase. Nuestra economía, nuestro sistema de transportes, nuestro sistema de comunicaciones, todo en general, es mucho más complejo y vulnerable de lo que lo era en los años treinta. Y además la sociedad de entonces mantenía mucho más las formas que la de ahora.

T. K. se quedó parado de pronto en medio de la acera, ladeó la cabeza y se quedó mirando a Todd directamente a los ojos.

—Si algo así es de verdad posible —proclamó—, aunque la probabilidad sea muy remota, creo que lo más prudente sería organizar algunos preparativos.

Ya en la habitación del colegio mayor, la conversación alcanzó grandes cotas de intensidad y se prolongó hasta las tres de la madrugada. Sin ser conscientes de ello, Todd y T. K. habían conformado el núcleo de una organización que acabaría teniendo más de veinte miembros, que celebraría reuniones de forma regular y que contaría con unas bases logísticas, una Serie de Procedimientos Operativos Estándar (SPOE) y una cadena de mando. Por extraño que parezca, y pese a lo formal de su estructura, durante varios años el grupo de supervivencia no tuvo ningún nombre. Todos se referían a él simplemente como «el grupo».

Cuando reclutaban a nuevos miembros, Todd y T. K. describían «el grupo» como una organización de ayuda mutua. Los miembros podían confiar en la ayuda de los demás, tanto en las épocas favorables como en las desfavorables. Si, por ejemplo, a alguno de los integrantes se le estropeaba el coche o pasaba por algún apuro económico, el resto se comprometía a darle toda la ayuda posible de manera inmediata, no valían excusas y no se hacía ninguna pregunta. La idea era que cuando las cosas se pusiesen feas de verdad, el grupo aportaría una gran fuerza de efectivos y una sólida base logística que permitiría que los miembros tuviesen más oportunidades de salir indemnes de la época de crisis.

Al cabo de unos pocos meses, Todd y T. K. habían conseguido que unos cuantos amigos pasasen a formar parte del grupo. Casi todos eran compañeros de estudios en la Universidad de Chicago. Como la mayor parte de ellos iban muy justos de dinero, hasta que no se licenciaron y empezaron a mantener unos salarios más o menos decentes, la actividad del grupo se redujo a tener largos debates.

Los primeros años de gestación, Todd y los otros miembros hablaron, razonaron y discutieron sobre cómo articular la organización. Todd asumió el

papel de líder y guía. Los demás lo llamaban «jefe» o a veces, bromeando, «el mandamás».

T. K. se convirtió en el especialista en personal del grupo. Daba consejos, limaba asperezas y facilitaba las relaciones entre los distintos miembros. Además, T. K. se encargó de las tareas de reclutamiento. Evaluaba cuidadosamente a cada posible futuro miembro, sopesaba sus virtudes y sus debilidades, e intentaba adivinar cómo reaccionaría ante una situación de presión que se prolongara durante un largo periodo de tiempo.